

CÓMO RECHAZAR EL ATAQUE CONTRA EL PODER DE DIOS

El poder de tu reino, oh, Dios, no solo radica en palabras, sino en el poder y la demostración del Espíritu Santo. Te ruego que mi vida trascienda el mero acto de pronunciar palabras, y que experimente el poder del Espíritu Santo que me transforma en aquello que te agrade. Te lo ruego en el nombre de Jesús, amén.

Uno de los mayores debates dentro de la iglesia tiene como tema el poder. En la iglesia actual hay muchas personas anhelantes de tener poder, pero esto no es nada nuevo. En los tiempos del apóstol Pablo, muchos estuvieron dispuestos a desafiar su autoridad y más que dispuestos a quitarle de en medio para fomentar su propia autoridad.

Salomón, con toda su sabiduría, tenía razón: “¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol” (Ec. 1:9).

El apóstol Pablo recibió la autoridad directamente de Cristo. Aunque en su tiempo muchos la rechazaban vigorosamente, a pesar de ello era la autoridad de Cristo, la verdadera cabeza de la Iglesia. Pablo fue nombrado por el Señor para ejercer su autoridad de diversas maneras.

Debía recibir la verdad de la Iglesia y darle forma. Hasta ese momento, todas las Escrituras tenían que ver con la ley judía.

Pablo tenía la responsabilidad de contribuir a echar los cimientos sobre los que se edificaría la Iglesia de Cristo. Esto, por sí solo, ya era una tremenda responsabilidad. Si uno no hace bien las cosas al principio, en el futuro surgirán muchos problemas.

Muchas de las epístolas que escribió Pablo tuvieron que ver con esta conformación de la verdad y la política eclesiales. Levantaba la estructura sobre la que se levantaría el ministerio de la Iglesia. Por supuesto, el verdadero cimiento y la piedra angular no son otros que el propio Señor Jesucristo. Algunos quieren edificar la Iglesia sobre Pedro, pero Pablo, mediante su comisión dada por Cristo, edificó la Iglesia del Nuevo Testamento sobre el Señor Jesús.

Una parte de su responsabilidad era organizar el sistema y la política para que la Iglesia se gobernase sola. No era una tarea fácil. Todo el mundo quiere tener algo que decir sobre el modo en que funcionan las cosas. Pero fuera lo que fuese la Iglesia neotestamentaria de Jesucristo, no era democrática. La misión de Pablo no consistía en reunir a todo el mundo y decirles: “Hermanos, ¿qué pensáis de esto?”. Así es como solemos hacer hoy las cosas, pero no es como las hacía el apóstol Pablo, ni es como Cristo desea que funcione su Iglesia.

Nadie entendía más exhaustivamente la Iglesia que el apóstol Pablo. Cada generación intenta mejorar lo que Pablo estableció, o al menos modificarlo y redefinirlo para su época. El apóstol Pablo tenía la autoridad para establecer la estructura de la iglesia neotestamentaria, y creo que nosotros tenemos la obligación de aceptar esa estructura independientemente de las demandas culturales. O somos una iglesia según el modelo del Nuevo Testamento o no lo somos.

Pablo encarnó la autoridad que se le había conferido y mostró con su ejemplo cómo debía funcionar la iglesia. No se limitó a garabatear en un manuscrito normas y reglamentos; manifestó en su propia vida y en su ministerio los principios que enseñaba.

El problema al que se enfrentaba Pablo era la presencia de quienes participaban en cismas dentro de la iglesia del Nuevo Testamento. Como esos individuos no podían comportarse como querían bajo la autoridad de Pablo, convirtieron en su misión repudiar su enseñanza y hacer todo lo que estuviera en su mano para socavar y destruir su autoridad.

La comunidad de los creyentes en Corinto se veía amenazada especialmente por esta conducta divisiva. Pablo envió a Timoteo para defender su causa ante la iglesia de esa ciudad. Timoteo representaba a Pablo, presentando a la iglesia las credenciales de Pablo, por así decirlo. Al final, Pablo tuvo que advertir a los cristianos corintios que su autoridad no se basaba en la elocuencia humana, sino en el poder que le había confiado la Cabeza de la Iglesia, el Señor Jesucristo.

No con palabras, sino con poder

Al abordar este tema, el apóstol Pablo manifestó una verdad muy importante: el reino no consiste solamente en palabras, sino en poder (ver 1 Co. 4:20). Entender esta diferencia supone comprender el poder y la autoridad de la Iglesia de Jesucristo. El problema de quienes participaron en los cismas es que no entendieron esta diferencia. Dieron por hecho que las propias palabras tenían el poder; por consiguiente, si usaban las palabras, tendrían poder.

Creo que este es un problema importante en la iglesia evangélica moderna. Estamos atrapados en palabras y frases, nos esforzamos por actualizar sin cesar nuestro vocabulario religioso para armonizarlo con la cultura que nos rodea. Creemos que si usamos las palabras que entiendan los demás, recibirán el poder. Sincronízate todo lo que quieras con el mundo que te rodea, pero el poder de Dios no radica en la elocuencia o en la razón humanas. Estriba por completo en la obra del Espíritu Santo por medio de la Palabra viva.

Al pensar en esto, debemos comprender que para expresar la verdad hacen falta palabras. No se puede manifestar la verdad en ausencia de ellas. Pero aunque las palabras son la forma de la verdad, solamente son su imagen externa. Aquí es donde nos equivocamos generalmente. Las palabras solo representan el poder que hay en la Palabra.

Nuestras palabras nunca pueden ser la esencia interior, sino solo la cáscara externa; son episódicas, nunca fundamentales. Las palabras son escurridizas; a veces lo vemos en las traducciones de la Biblia. Una versión traduce el término griego de determinada manera, mientras que otra lo hace de un modo diferente. Es el mismo vocablo griego, pero hay matices de significado que a veces pueden afectar a la verdad.

Lo que en ocasiones no logramos entender es que la verdad tiene una esencia. Toda verdad nace en Dios; por consiguiente, resulta muy difícil condensarla en una palabra o una frase. La verdad sigue la forma de las palabras, pero en ocasiones la abandona y la trasciende.

Aquí podríamos usar muchas ilustraciones, pero déjame utilizar una evidente. Cuando una persona usa la palabra “amor”, puede referirse a algo distinto a lo que quiere decir otra cuando usa el mismo término. De hecho, en griego hay cuatro palabras diferentes que se pueden traducir como “amor”.

Cuando un padre le dice a un hijo: “Te quiero”, significa algo distinto a cuando ese hijo conoce a la chica de sus sueños y le dice: “Te quiero”. Usan las mismas palabras, pero sin embargo el significado en cada caso es bastante distinto. Esta es una ilustración un poco básica, pero nos recuerda que hemos de tener cuidado para no limitar las verdades espirituales a un conjunto de palabras o de frases.

El gran error de nuestros tiempos es afirmar que la forma es la esencia. Creemos que podemos resumir el reino de Dios en palabras. No somos los únicos que creen esta falacia; parece que ha

sido un error enorme desde los tiempos de la iglesia del Nuevo Testamento. Lo que el apóstol Pablo procuró que entendiesen los cristianos de su época es que la iglesia no se puede reducir a frases y palabras. Las palabras pueden engañarnos y ser tendenciosas.

Algunos creen que recitar palabras da seguridad. Da lo mismo si entendemos de verdad lo que significan esas palabras; si las repetimos una y otra vez, proporcionarán cierto tipo de consuelo y de seguridad a nuestros corazones.

Otros quieren que creamos que determinadas palabras tienen poder para ahuyentar a Satanás. Si uno domina las palabras correctas, la fórmula adecuada, podrá arrinconar al diablo. Da lo mismo lo que diga: mientras lo remate diciendo “en el nombre de Jesús”, se hará; Dios no tiene nada que decir sobre este asunto. ¡Qué estupidez! Ningún demonio del infierno teme solo a las palabras. Solo cuando estas tienen poder, sirven como canal por medio del cual fluye el poder de Dios.

Algunos piensan que las palabras tienen poder para hacer el bien. Este es el error del pensamiento positivo. Ten pensamientos positivos y di palabras positivas, y todo saldrá bien. Tales personas quieren hacerte creer que es posible salir de todos los problemas a base de pensar en positivo; lo único que hay que hacer es llenarse la cabeza con los pensamientos adecuados.

El apóstol Pablo intenta convencer a la iglesia corintia de que el reino de Jesucristo no radica en meras palabras. El reino de Dios, según Pablo, consiste en poder. Su esencia es el poder. Este poder es el Espíritu Santo que opera por medio de la Palabra. Es el poder del Cristo resucitado que se manifiesta por medio del Espíritu Santo en la Iglesia de Jesucristo. No solo palabras, sino también la manifestación del Espíritu Santo.

No hay manera de reducir al Espíritu Santo a unas meras palabras o a una simple fórmula. Existe un poder asociado con la obra del Espíritu Santo en conjunción con las Escrituras, que trasciende las palabras de la página. Da lo mismo lo hermoso o

lo realista que sea un cuadro de una hoguera: nunca calentará a nadie.

El reto de Pablo para aquellos que creaban divisiones en la iglesia consistía en que, cuando él les visitara, podría demostrar sus palabras y también su poder. Su poder estaba en el Espíritu Santo manifiesto en su vida por medio de las Escrituras. No podemos descartar esto. Hay quienes tienen una agenda de poder para sí mismos. Quieren que otros creen que ellos tienen poder: si dicen algo, se cumplirá.

Pablo nos dice que el poder asociado con la iglesia del Nuevo Testamento es el que procede del Espíritu Santo que se manifiesta por medio de la Palabra de Dios. No podemos tomar ambos y separarlos. No se trata solamente del Espíritu Santo, ni tampoco de la Palabra de Dios por sí sola; son los dos formando una unidad armónica.

Este es el punto sobre el que la Iglesia está dividida. Por un lado, están quienes enfatizan el poder del Espíritu Santo excluyendo todo lo demás, incluso la Biblia. Pretenden que el Espíritu Santo haga cosas contrarias a la enseñanza clara de la Palabra de Dios. Por otro lado, tenemos a quienes enfatizan la Palabra de Dios excluyendo todo lo demás, incluso el Espíritu Santo. Ellos creen que, si uno tiene las palabras, tiene todo lo que necesita. “Lo reclamo, y por lo tanto es mío”.

Pablo dejó claro que el Reino no solo consiste en palabras, sino en poder. El Espíritu Santo coopera con la Palabra de Dios, una cooperación que no se puede negar sin perjudicar a la iglesia neotestamentaria. El Espíritu Santo no hace nada aparte de la Palabra de Dios ni contrario a ella.

¿Cuáles son las operaciones de este poder del que habla Pablo?

La operación del poder divino

En primer lugar, es un poder moral. Con esto quiero decir que su propósito es exponer el pecado que hay en el corazón del pecador. El poder de la Palabra de Dios consiste en señalarme dónde me equivoco. Sin embargo, no se detiene ahí; también opera para revolucionarme y transformarme a la imagen de Cristo. El poder moral del que habla Pablo crea hombres y mujeres santos que manifestarán la naturaleza de Cristo a un mundo caído.

También es un poder persuasivo. Convince, persuade y destruye toda resistencia a la voluntad de Dios. Es un poder que trasciende las meras palabras, y es un poder contra el que las palabras no pueden hacer nada.

Recordemos cuando David mató a Goliat. Desde un punto de vista humano, Goliat tenía las de ganar. Todo estaba de su parte. Pero como David actuaba bajo el poder y la autoridad de Jehová, fue el día del Señor. Por muy bien armado que estaba Goliat, no era rival para aquel jovencito con la honda, que tenía de su parte el poder de Jehová. Dios manifiesta un poder persuasivo que nadie en este mundo puede derrotar.

También creo que es un poder de adoración. En nuestra generación, a la adoración se le ha atribuido mala fama. Hay muchas cosas que consideramos adoración que enfurecerían al apóstol Pablo, quien hablaría con vehemencia en su contra. El poder de la adoración estriba en crear reverencia. Esto no sucede en la iglesia evangélica contemporánea. Algunos cultos dominicales no son más que un festival de música folclórica ligeramente religioso. No hay un sentido de reverencia, de temor reverente por estar en la presencia de Dios. Las palabras no pueden inducir a nadie a ser reverente. Lo que nos lleva a ese estado es el poder de la adoración.

Creo que el poder de la adoración también consiste en producir un éxtasis, en elevarnos por encima de lo cotidiano y lo normal a fin de llevarnos a la atmósfera rarificada de la alabanza

y la adoración, un lugar en el que los mortales no pueden aventurarse sin ayuda. ¿Dónde está el éxtasis de nuestros cultos de alabanza contemporáneos? ¿Dónde está la maravilla? ¿Dónde el guardar silencio ante la presencia temible y manifiesta de Dios?

Este poder también es magnético. Con esto quiero decir que nos atrae a Cristo. Le exaltará por encima de todas las cosas. Sabrás que es el poder de Dios cuando exalte a Jesucristo por encima de todo lo demás. Cuando lo que se exalta es la personalidad o la celebridad, puedes estar seguro de que el que obra no es el Espíritu Santo. Este poder magnético no lo pueden crear las simples palabras. Jesús dijo: “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (Jn. 12:32).

La misión para la iglesia actual

Pablo dejó clara su postura ante la iglesia corintia. Se enfrentó a quienes provocaban divisiones, no solo recurriendo a palabras, sino también en el poder y la manifestación del Espíritu Santo. Cuando echó los cimientos para la iglesia neotestamentaria, de la que formamos parte, no exigió desviarse en absoluto de estas verdades cruciales.

Creo que en la iglesia evangélica moderna debemos hacer ciertas exigencias. Debemos exigir contar con algo más que una doctrina correcta. Tener una doctrina correcta es importante, pero no es suficiente. Una persona puede creer lo necesario pero no estar en paz con Dios. Una persona puede conocer todas las palabras adecuadas, y aun así no haber sido transformada en su interior. Esta es la diferencia entre información y transformación.

También debemos exigir más que una vida recta. Muchas personas pueden vivir correctamente. Muchas sectas exigen estrictamente a sus seguidores que vivan correctamente. Algunos miembros de sectas llevan vidas menos pecaminosas que los cristianos. Estamos llamados a algo más que a vivir con justicia;

Cristo nos ofrece la vida que fluye del testimonio interior del Espíritu Santo.

También hemos de exigir que nuestra iglesia sea algo más que agradable y hospitalaria. Sin duda, ser amistoso es importante. Cuando otros visiten nuestra iglesia, debemos saludarles con una sonrisa y darles la bienvenida. Sin embargo, la iglesia consiste en algo más que en ser agradables, leales o estar de acuerdo sobre determinados temas. Estos son asuntos superficiales, y no llegan a la esencia o el corazón de la verdadera comunión espiritual. Todas estas cosas se pueden hacer recurriendo a las fuerzas humanas.

¿Cómo podemos ser el pueblo y la iglesia que Dios quiere? ¿Cómo hacer la transición de las meras palabras al poder y la demostración del Espíritu Santo? Déjame que te sugiera tres disciplinas:

Primero, tenemos la oración. Debemos entregarnos a una oración que trascienda la repetición de determinadas palabras. Creo que toda oración empieza con palabras, pero no acaba ahí. Llega un momento en que nuestra oración evoluciona a algo que no son meras palabras, y entramos en el *misterio tremendo* de la presencia de Dios. Hablo de ese temor reverente al entrar en su presencia manifiesta y recrearse en la luz del sol que es su agrado. No habremos orado de verdad hasta que no hayamos atravesado el velo místico entrando en la presencia manifiesta de Aquel a quien oramos.

Luego tenemos la fe. La fe consiste en más que en creer las palabras correctas. “La fe es por el oír”, dijo el apóstol Pablo, “y el oír, por la Palabra de Dios” (Ro. 10:17). Creo que es imposible reducir mi fe a una serie de palabras. Mi fe trasciende las palabras y descansa en el mismo corazón de Dios. Mi confianza está en Dios, no en mis explicaciones de quién es Él. Si aquello en lo que creo se puede explicar, entonces no es Dios.

La última disciplina es la entrega. La entrega no es solo algo de lo que hablamos; más bien se trata de algo que hemos de

hacer. No podemos entregarnos en palabras; debemos hacerlo en actos. Si queremos levantar nuestra vida sobre el fundamento que echó el apóstol Pablo para la iglesia del Nuevo Testamento, tendremos que entregar nuestras ideas, nuestra comprensión y nuestras explicaciones, y aceptar a Jesucristo como quien es en realidad: el Verbo viviente.

Una vez para siempre

Philip P. Bliss (1838-1876)

Libres de la ley, ¡oh, feliz estado!
Tenemos perdón por sangre comprado,
Ya no estamos malditos por nuestra caída,
que la gracia divina sanó nuestra herida.

Libres para siempre, sin condenación,
Jesús nos ofrece sin par salvación.
“Ven ya”, Él te dice con tono amoroso,
“ven ya y hallarás la paz y el reposo”.

A los hijos de Dios, por llamado sublime,
que nos descarriemos el Señor impide;
pues ya hemos pasado de la muerte a vida,
pues ya recibimos salvación bendita.

Recíbela, oh, pecador, una vez para siempre,
y créela, oh, pecador, una vez para siempre;
al pie de la cruz deja ya tu carga,
pues de una vez por todas Cristo ya nos salva.